

VACACIONES DE VERANO



Alegra el ver nuestras playas repletas de veraneantes. Una gran parte de la vida debe llenarse de fiesta y diversión, de actividad lúdica. No se trata tan sólo de disfrutar de un descanso, de una interrupción de las labores y las tensiones cotidianas, de una recuperación de fuerzas que nos permita volver al trabajo productivo. Se trata de algo más profundo. No se ha hecho el hombre para el trabajo sino el trabajo para el hombre; se trata de que una de las finalidades de la vida es la felicidad, el disfrute de lo que Dios nos ha dado, el disfrute de lo que nosotros hemos realizado.

Somos en algunos aspectos un país pobre y somos, desde luego, un país abrumado por gravísimos problemas. Pero somos también un país rico de posibilidades, si las sabemos acomodar a las verdaderas necesidades. Por lo que toca a la fiesta y al descanso, tenemos entre otros dos recursos incomparables: el sol y el mar; dos de los recursos más antiguos, más puros y más inagotables. Un día llegará en que estos recursos se convertirán en la gran reserva de la actividad humana; del sol y del mar nació la vida y con la vida del agua y la energía del sol, un día podremos suplir otros recursos en que somos más pobres. Pero mientras tanto ahí están el mar y el sol como recursos primarios de nuestro descanso y de nuestra fiesta.

Son recursos comunes, son recursos que están a la mano de casi todos. Da pena durante el año el poco uso que hacen de las playas los salvadoreños. Una diversión tan sana, tan genesiaca no es aprovechada adecuadamente. Se debería impulsar y favorecer mucho más. ¿Qué darían los países nórdicos, llenos de riquezas, por tener a unos pocos kilómetros de su lugar de trabajo el tesoro del mar y del sol? El Ministerio de Educación y el de Trabajo deberían hacer mucho más por facilitar el que la mayoría de la población se acercase con más frecuencia a nuestras plays. Algo se hace; se debe hacer mucho más.



El mar y el sol nos pueden enseñar muchas cosas, incluso para nuestra convivencia social. Miles y miles de personas pueden estar disfrutando comunitariamente de algo que es de todos; no hace falta estar pensando en que el disfrute sólo es posible si yo me apropio privadamente de algo e impido que los demás lo disfruten. Las playas son una gran escuela de sana socialización, de convivencia pacífica entre los ciudadanos. Ciertamente, hay quienes cuentan con más facilidades para utilizar más el mar, para hacer más agradable la estancia en él; pero esto no quita para que la inmensa mayoría pueda disfrutar a satisfacción del sol y del mar. Que no todos los salvadoreños estén en capacidad de utilizar para su descanso y para su fiesta el mar, siendo como es el mar un recurso tan excelente y tan barato, es una nueva acusación contra la situación en que vivimos. ¡Cómo no poder llegar siquiera a este nivel de aprovechar un recurso tan abundante, tan próximo!

No obstante, la presencia masiva de veraneantes salvadoreños en nuestras playas es una bocanada de aire puro en nuestro aire enrarecido; es como el diseño de un bella utopía: podríamos llegar más fácilmente a la vida, a la felicidad, si no apeteciéramos consumismos extremos y si no tratáramos de hacer algo nuestro privando a los demás de ello. Habrá abusos y peligros en el disfrute de estas vacaciones veraniegas, pero el conjunto masivo de este hecho vacacional, festivo, lúdico, es un principio de gozo y de esperanza.

Podrá decirse que la Semana Santa no es el tiempo más apropiado por ser la celebración de la muerte del Señor. Pero es también la celebración de su resurrección, de una nueva llamada a la vida. Son los últimos días de verano antes de que regresen las lluvias. Mejor sería que las vacaciones fueran en la semana de pascua y no en la semana santa. Pero también en la playa se puede recordar la muerte de Jesús. Otros muchos la celebrarán más penitencialmente en el retiro de sus pueblos. Los veranetas también pueden celebrarla.

10-Abril-79